

PELLA DE BARRO. CASTRO DE LAIAS

Siglo I a. C.

Barro cocido

9,1 x 8,9 x 5,6 cm

Castro do Castelo de Laias

Núm. Inv.: DX1029/1

La pieza que presentamos corresponde a un fragmento irregular de barro cocido, tendiente a una forma aplanada-convexa, de color más oscuro, por efecto del fuego, en la parte superior que en la parte inferior, más plana, con un peso aproximado de 300 gramos. Procede de las excavaciones realizadas por Luis Francisco López González y Yolanda Álvarez González, en los años 1996 y 1997, en el *Castro do Castelo de Laias*, con motivo de las obras realizadas para la construcción de la autopista de las *Rías Baixas*.

Tiene la particularidad de mostrar las marcas en profundidad de tres dedos, además de una gran cantidad de huellas dactilares por toda su superficie, identificándose claramente dos en la parte inferior y tres en la parte superior. Las pellas celtíberas de Gormaz, Numancia o Roa de Duero también representan ejemplos elocuentes de la existencia de huellas dactilares en las mismas.

Este tipo de piezas, a modo de tortas informes, se elaboraban a partir de una masa de barro crudo por aplastamiento, golpeando la arcilla con la mano derecha, mientras se sujetaba con la izquierda. Suelen asociarse a residuos de hornos de cocción cerámica, con una función no muy definida, pero, previsiblemente, formando parte de los elementos auxiliares del proceso de cocción, como taponar las grietas o boquillas del horno, lo que podría provocar perjudiciales corrientes de aire para la hornada cerámica. Ahora bien, consideramos que la pieza que nos ocupa, debió cumplir alguna otra función, pues en ninguno de sus lados presenta en negativo la forma del objeto o lugar sobre el que iría aplicada. Todo parece indicar que se trata de una pella pensada para fabricar algún elemento auxiliar de un recipiente, porque es excesivamente pequeña para una vasija entera, que por alguna razón que se nos escapa fue cocida en el horno en su estado original de pella.

La importancia del análisis de los dermatoglifos, es decir, las impresiones de las crestas papilares y de los surcos interpapilares, particularmente los de los dedos, *dactilares*, para el estudio del pasado, es innegable, ya que es posible obtener datos con precisión individual, e incidir en aspectos sociolaborales de la propia comunidad, como la división del trabajo por sexos, bien documentada en algunas actividades artesanales como la producción cerámica, e incluso intentando establecer el número de artesanos que trabajaban en un determinado taller, o la vinculación de un alfarero con un tipo cerámico concreto.

La cerámica se muestra como un material ideal para la producción y conservación de huellas dactilares, ya que no sólo es fácil su impresión, sino que, además, tras la cocción, se convierte en un elemento duro que mantiene la huella dactilar durante un largo periodo de tiempo. El ancho de las crestas epidérmicas MRB, por sus siglas en inglés (*Mean Ridge Breath*), se define como aquel determinado por "la distancia entre el centro de un surco epidérmico y el centro del surco siguiente, definiendo una línea que forma un ángulo recto con la dirección del surco". Hay que tener en cuenta que las huellas en cerámica son el negativo de las crestas epidérmicas, y que el secado mediante cocción puede reducir el ancho de la cresta, produciendo cierta distorsión, por lo que es necesario introducir criterios de corrección.

Ahora bien, a pesar de la importancia del estudio de los *dermatoglifos*, a partir del análisis de huellas dactilares que perduraron en diversos materiales, especialmente cerámicos, ha sido un campo poco explorado por la investigación arqueológica, pasando prácticamente desapercibidos.

Iniciativas, como el proyecto español *Holmes*, de mediados de los años noventa del siglo XX, liderado por un equipo interdisciplinar de arqueólogos y profesionales de la medicina legal, con financiación de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica, que tenía como objetivo registrar el patrimonio de las huellas humanas antiguas, para valorar su contribución al conocimiento del pasado, no tuvieron el impacto ni la continuidad que se podría haber esperado en un principio.

Más recientemente, nuevos equipos de investigación se han interesado por este tema, con la valoración de aspectos como la densidad de las crestas, con el objetivo de deducir el sexo y edad aproximada del autor o autores de los *dermatoglifos*. En esta línea trabaja actualmente el departamento de Biología Animal, Biología Vegetal y Ecología de la *Universitat Autònoma de Barcelona*, con huellas dactilares tanto sobre cerámicas antiguas como sobre pintura rupestre esquemática. Este grupo de investigación calcula el sexo y edad aproximada del individuo al que pertenece el *paleodermatoglifo*, comparando las huellas dactilares con la población actual. Entre sus resultados, para el estudio de las huellas dactilares de unas cerámicas de la Edad del Bronce, procedentes de *La Canal dels Avellaners*, se recogieron las huellas dactilares de una muestra de 222 individuos, con edades comprendidas entre 6 y 58 años, con un número similar de ambos sexos, lo que permite concluir que su autor era un hombre adulto.

Por nuestra parte, a pesar del interés en publicar los resultados de los estudios de las huellas dactilares sobre la pieza que nos ocupa, no llegaron a tiempo para ser incluidos en esta nota, por lo que esperamos poder comunicarlos próximamente.

El yacimiento donde se exhumó tan singular pieza, el *Castro do Castelo de Laias*, fue descubierto por Chamoso Lamas, quien, en colaboración con Cuevillas y Lorenzo Fernández, en una primera campaña de excavaciones realizada en 1949, completada con otras posteriores, pusieron al descubierto una serie de depósitos labrados en la roca, que relacionaron con la extracción de oro mediante el procedimiento de decantación.

Más allá de estos resultados, la verdadera dimensión e interés científico del yacimiento quedó de manifiesto en las intervenciones de 1996 y 1997, en las que, el corte histórico-espacial del asentamiento, permitió a sus responsables diferenciar diferentes etapas:

Un nivel discontinuo antiguo, atribuido a la Edad del Bronce Final y principios del Hierro I (siglo IX y primera mitad del VIII a.C.), documentado en la parte alta del poblado, bien atestiguado por la datación por carbono 14, y por la presencia de artefactos de metal y cerámica, con un claro vínculo cultural con este momento.

La etapa adscrita al Hierro II ocupa la ladera de la montaña, siendo necesario salvar el desnivel existente mediante bancales. En la parte superior del poblado, por encima del nivel anterior, se registraron una serie de plataformas donde se instalaron graneros. El espacio está delimitado por un muro de mampostería, dotado de una singular puerta de entrada, flanqueada por dos torreones y cuatro grandes losas de granito colocadas verticalmente para soportar una cubierta, formando un corredor en el que se encontraron un gran número de vasijas de la misma forma y diferentes tamaños. El acceso se realizaba por una calle enlosada, con escalones para impedir el paso de los carros.

Sin duda, llaman la atención las peculiaridades de este recinto amurallado, donde se establecieron los depósitos de grano, en terrazas construidas con plataformas para lograr superficies niveladas, alternándose con otras que servían de paso y distribución espacial. Los depósitos, de planta que tiende a cuadrangular, en número de 61, y con unas dimensiones que oscilan entre 0,60 m² y 5 m², están contruidos con armazones vegetales y barro sobre una base de madera o corcho, aislada también del suelo por el mismo sistema. Se estima que su altura podría alcanzar los 0,80 o 1 m, y que, por la presencia de agujeros para postes, debieron tener algún tipo de cobertura. En su interior se conservan restos de trigo, cebada, avena, mijo, habas, guisantes, etc.

Monte abajo, en un valle natural, se ubican las viviendas de este segundo recinto, separadas de la muralla del primero por 30 metros, con la intención de evitar que un posible incendio afecte a los graneros. Las viviendas se adaptan a las condiciones naturales del terreno, utilizándose en muchos casos la propia roca natural para la construcción de los muros, que se complementan con muros de piedra o barro con elementos vegetales, apenas diferenciadas de las documentadas en otros castros. con estancias provistas de hogares y otros espacios auxiliares.

Ya en la terraza inmediatamente inferior se identifican estructuras con materiales, en los que convive la tradición castrexa con elementos romanos del siglo I a.C., que a medida que se va descendiendo son más abundantes, en conexión con la zona ya explorada por Chamoso Lamas.



MUSEO ARQUEOLÓGICO PROVINCIAL DE OURENSE
<http://www.musarqourense.xunta.es/>

PIEZA DEL MES
Noviembre 2023

Xulio Rodríguez González